

CARBONE, Antonio (2019). *Park, Tenement, Slaughterhouse: Elite Imaginaries of Buenos Aires, 1852–1880*. Frankfurt – Nueva York: Campus Verlag, 243 p. ISBN: 978-3-593-51493.

El libro es un brillantísimo esfuerzo, una contribución magnífica a la historia de Buenos Aires y a la historia urbana de la ciencia en general. Y no es a priori fácil conseguir lo que Antonio Carbone ha logrado: convertir esta publicación en un texto de consulta más que obligada. La historia urbana de Buenos Aires ha sido transitada con gran éxito por pesos pesados de la historiografía desde puntos de vista bien diversos como Diego Armus, Adrián Gorelik o José C. Moya. Aportar algo original y de verdadera sustancia en este campo no es sencillo. El libro de Carbone merece incluirse con méritos propios en una bibliografía ilustre.

El trabajo de Carbone es un híbrido entre historia urbana, historia de la higiene, e historia global, matizada, eso sí, por un sólido anclaje local, apuntando, aunque no desarrollando plenamente, una inclinación importante hacia la historia de las emociones. El texto es un prodigio en cuanto al profundo conocimiento de la bibliografía y la diversidad de enfoques teóricos, así como un uso plural de las fuentes. Artículos de prensa, informes médicos, literatura, fuentes de archivo municipales, pinturas, mapas, se entrecruzan sin artificio. Las imágenes no son meras «ilustraciones», sino instrumentos heurísticos de primer nivel que permiten entrar a fondo en el panorama fragmentario y contradictorio del imaginario urbano de las élites. No hablamos de las habituales fantasmales élites, sino a un bloque «liberal», aquel que se manifestó en oposición al régimen autoritario de Juan Manuel de Rosas y que acabó con hacerse con las riendas de la ciudad en el período que va de 1852 a 1880.

Es importante destacar el valor heurístico que Carbone atribuye tanto a la historia de las epidemias, fenómenos «totales» que como se sabe ayudan mucho a hacer afinadas radiografías de una época o un momento histórico, como a la historia de la higiene, cuyo enfoque holístico encuentra especialmente útil a la hora de reconstruir los te-

mores y ansiedades de las clases dirigentes de Buenos Aires. Se trata de la verdadera *pièce de résistance* del libro de Carbone. Según él, tanto aquellos que ven el rol de estas élites porteñas en la construcción nacional de Argentina en términos cuasi hagiográficos, como aquellos que desde la teoría de la dependencia desarrollan una mirada crítica, convergen en un mismo error: atribuir a los liberales de Buenos Aires la capacidad de conducir los destinos de un país, suponer que estaban dotados de una suerte de omnipotencia.

Frente a ello, Carbone declara que el «rey está desnudo». Las élites porteñas no solo no tuvieron una sola voz, sino que dentro de ellas se generaban profundas contradicciones que afectaban al propio concepto de modernidad urbana. Se deseaba una Buenos Aires «moderna», pero no existía un común acuerdo sobre qué significaba dicha «modernidad». No solo eso, dichas élites se confrontaban con otros imaginarios urbanos, el de las clases trabajadoras, que constituían una amenaza latente. Su proyecto, a pesar de las contradicciones internas, consistía, en líneas generales, en convertir Buenos Aires en un lugar de consumo placentero para las élites, lo cual implicaba una severa segregación socioespacial de la ciudad. No solo los mataderos, industria contaminante por excelencia, debían de ser expulsados de la ciudad. También las amenazantes clases bajas, constituidas en gran medida por una incontrolable masa de inmigrantes, debían ser expulsadas de los distritos centrales de la ciudad.

El libro de Carbone supone una saludable llamada de atención para los historiadores de la medicina y la ciencia. Así como Diego Armus en su célebre *La ciudad impura* cuestionó el triunfo unilineal e inexorable en Buenos Aires, y otras ciudades de Europa, de la higiene, Carbone afirma que la élite liberal estuvo muy lejos de materializar sus deseos de construir una ciudad a su medida. Se trata de un necesario contrapeso a una corriente historiográfica, que asume como postulado implícito, cuasi incuestionable, que las élites pusieron en marcha ambiciosos proyectos biopolíticos en diversas naciones que acabaron por moldear cuerpos y mentes casi siempre dóciles.

En este sentido, una de las grandes virtudes de Carbone es que no se limita a hacer una suerte de descripción del imaginario urbano de esta élite liberal, sino que el libro se articula en torno a tres ambientes o espacios concretos clave: los mataderos, llamados en ese período «saladeros», las viviendas de alquiler donde habitan las clases populares (los conventillos), y el gran proyecto «civilizador» de Domingo Sarmiento, el Parque de Palermo. El propósito es ofrecer un complejo sistema de conexiones entre los imaginarios de las élites y la materialidad. El estudio de estos espacios, en contextos epidémicos y posepidémicos, vertebran el libro en tres capítulos.

Así, cuando el libro se interna en los llamados «saladeros» y su potencial patogénico que asola a Buenos Aires en los años 1860 y especialmente en la epidemia de fiebre amarilla de 1871, su estudio le permite ilustrar cómo la ciencia moderna y la higiene, lejos de su pretensión universalista de situarse por encima del faccionalismo político, estaban en realidad plagadas de contradicciones y conflictos, aunque se tratara de generar una suerte de

consenso entre partidarios del enfoque miasmático y contagionistas. Ello permite reconstruir las dicotomías entre rural y urbano, salvaje y civilizado, moderno y retrasado, centrales en el ideario liberal de personajes como Domingo Sarmiento.

Carbone apunta, también, al hecho de que el «conventillo» es en gran medida una invención que emerge con el ciclo epidémico de 1867-1871. Los saladeros no eran el único foco supuestamente epidémico, también lo eran las viviendas de alquiler densamente pobladas donde los porteños más pobres trataban de subsistir.

El proyecto del Parque de Palermo representaba el punto culminante de un imaginario que quería una Buenos Aires refinada, asegurando a la ciudad un lugar puntero entre las grandes ciudades del mundo atlántico. Además, se pensaba en un parque pensado para hacer la cohabitación con las clases bajas aceptable. Apuntaba, desde la perspectiva de las élites, a la mejora higiénica y estética de las segundas. Se trataba de civilizar las costumbres de esas clases bajas, hacerlas más «sanas» y pacificar los conflictos sociales.

La preocupación por los aspectos más perturbadores de la sociabilidad masculina de los trabajadores se focalizó en las llamadas «pulperías», donde se daba tanto el juego como la ingesta de alcohol. El parque debía ser un espacio que sustituyera a esos lugares cerrados. Lo cierto es que las élites habían tratado desde los años 1850 regular esas pulperías. Pero el hecho de que la sociabilidad popular se transfiriera a los cafés y salas de baile no mejoró mucho las cosas. En los cafés se leían periódicos y se practicaba el debate político. En las salas de baile, la mezcla de sexos estimuló los temores sobre la promiscuidad sexual. El parque debía canalizar el ocio de las clases populares hacia alternativas menos amenazadoras.

En esta canalización lo «pintoresco» tuvo un papel fundamental, como se evidenció con una práctica festiva que, según Carbone, las clases altas odiaban: el carnaval. En realidad, las autoridades no se limitaron a su prohibición, sino a organizar una celebración de carnaval civilizada que implicaba una participación activa, aunque controlada, de las clases populares. Se inventa el desfile de carnaval, que intentaba transformar la amenaza de degeneración en una exhibición «pintoresca» que «estetizaba» la pluralidad de la sociedad urbana mientras aseguraba una diversión sin peligro. La clase de operación experimentada en los desfiles de carnaval fue reproducida en la inauguración del Parque de Palermo. Se trataba de dar a las clases populares la oportunidad de disfrutar de un entretenimiento sano y bello. El evento sería similar a los nuevos desfiles de carnaval tanto en propósito como en estructura. La inauguración presentaría a todos los niveles de la sociedad y produciría una imagen pintoresca y pacífica de la sociedad urbana.

La naturaleza democrática del parque era un medio de pacificar los conflictos sociales. Más allá de eso, se concebía como una instancia unificadora de una sociedad fragmentada por sus orígenes y condición social. Era el punto de vista de Sarmiento. Partiendo de un determinismo ambiental, pensaba que la naturaleza era fundamental a la hora de formar el espíritu de un pueblo. Reinventada la naturaleza de acuerdo con un gusto «pintoresco»,

civilizado, y las prescripciones de la higiene, el parque era el fundamento de la creación de una sociedad ideal. Los partidarios del Parque de Palermo pensaban que esa «naturaleza» tenía un efecto universal en todos los seres humanos y era un perfecto terreno común en el cual las diferencias sociales se borrarían.

Las clases altas rápidamente se apropiaron del Parque de Palermo, por lo que se convirtió rápidamente en uno de los puntos ineludibles de la topografía porteña del privilegio. El lugar que había sido concebido primariamente como un espacio de regeneración de las clases trabajadoras pronto se convirtió en una zona de sociabilidad de la clase alta. Como contrapropuesta, imaginaron una intensificación del marco pintoresco para atraer a los proletarios. Frente al discreto encanto de una flor proponían la visión de tigres, leones y elefantes. Emociones fuertes que atraerían a multitudes de trabajadores.

El catálogo de temas tratados a partir de tres espacios/casos es ingente y en no pocas ocasiones se hace con profundidad y con un conocimiento de la bibliografía y las fuentes aplastante. Dicho lo cual, uno puede preguntarse si este libro no constituye más un texto extraordinariamente bien condensado de un gran proyecto de investigación que un texto que, por decirlo alguna forma, permita respirar al lector. Aunque se intuye un trabajo de edición excelente, quedan algunos tics propios de las tesis remozadas. El primero, muy difundido, es asumir que el lector forma parte de un tribunal de expertos sobre la materia y que debería saber algunas cosas que no tiene por qué saber. Por poner un ejemplo claro: se habla en repetidas ocasiones del crecimiento de la población, de la llegada de inmigrantes, de la expansión urbana solo comparable a la de Chicago. Pero quizás algún dato, algún gráfico, alguna comparación entre mapas al principio y al final del periodo estudiado permitiría no ir tan a ciegas. ¿Cambió o no cambió la fisonomía urbana de Buenos Aires tras la fiebre amarilla de 1871? ¿De qué manera? ¿De verdad las élites permanecieron en bloque en el centro histórico de la ciudad o el miedo acabó por desplazar a parte de las clases altas al norte de la ciudad? Uno tendía a pensar, seguramente desde la ignorancia o el seguimiento de lugares comunes, que la gran explosión urbana de la ciudad, la llegada de la gran ola de inmigrantes se aceleró de manera mucho más nítida en el último tercio del siglo XIX y comienzos del siglo XX que en el periodo que estudia Carbone. Si en esta idea, creo yo que muy compartida, hay que introducir importantes matizaciones, qué mejor lugar que el propio libro reseñado.

De manera conexa, toda la compleja panoplia de emociones que se atribuye a las élites a lo largo del texto cuenta detrás con un sólido aparato documental. Pero requerirían, quizás, de un desarrollo más profundo desde el punto de vista de la historia de las emociones. Algo parecido se podría decir sobre el olor. Aparece como un importante elemento de lo que se pretende como ciudad saludable. Pero se olvida que existe una historia cultural del olor. Algo parecido se puede decir de la «polución». No ha significado lo mismo a lo largo de la historia. Aquí cabe recordar el libro de Peter Thorsheim (2017) *Inventing Pollution: Coal, Smoke, and Culture in Britain since 1800*. El magnífico libro de Carbone apunta a muchos

sitios, pero en algunas significativas ocasiones pareciera que se promete algo que nunca acaba de implementarse.

Quizás lo más frustrante para el lector sea que la mención que se hace en la página 21 de imaginarios urbanos como narrativas competidoras condicionadas por las relaciones de clases, género, etnicidad y religión, se materialice en muy poco o en casi nada. Pero revelar la parcialidad de los imaginarios de las élites al modo de Donna Haraway, o hablar de invisibilización, no puede servir de excusa para no acotar mínimamente en qué consisten esos otros imaginarios alternativos. Entre otras cosas porque uno de los pilares sobre el que se sujeta el libro es la fragilidad de los imaginarios de las élites. Fragilidad que se basa no solo en la fragmentación de esos imaginarios o su contradicción básica con un modelo económico que ellas mismas propugnaban, sino también, con la concurrencia hipotética con otros imaginarios urbanos ¿Hubiera sido más interesante y productivo que, en vez de centrarse casi exclusivamente en un grupo con perfiles no muy bien definidos –las élites– dibujar un trabajo más propiamente relacional en que el objeto sea Buenos Aires como una suerte de campo de lucha, interacción, o incluso integración, de diferentes imaginarios urbanos? Siempre se puede responder que ese sería un libro distinto. Pero eso no es un eximente para que, al menos, se perfile en qué consisten esos imaginarios alternativos. Quizás, el problema de la escasez de fuentes pueda explicar algo de este extraño agujero negro.

Las mujeres están, como suele suceder con frecuencia, fuera del cuadro general del libro. En ninguna ocasión hablan con voz propia. Tampoco se dice nada sobre las posibles actuaciones, puntuales o no, en el terreno asistencial, a través o no de la Iglesia, de las mujeres en el ciclo pandémico. Se apunta a la caridad (femenina), frente a filantropía (masculina), pero se dice muy poco de la entidad material de la primera. Y si esa voz femenina es invisible en las propias fuentes, ello no obsta para que se entre a fondo en las relaciones de género que propician dicha invisibilización. Por otra parte, es difícil de creer que las élites liberales, masculinas, no tuvieran nada que decir sobre las mujeres cuando se entraba a fondo en temas sensibles. Y resulta todavía más extraño cuando se habla de los posibles efectos deletéreos de la promiscuidad en los conventillos. Quizás aquí, como en otros temas tratados en el libro, hubiera sido más que beneficioso internarse, aunque sea ligeramente, en una dimensión comparada. Obviar el gran tema de la prostitución femenina, la fluidez de fronteras entre esta y el mundo del trabajo es un asunto inescapable cuando hablamos de epidemias y focos de infección. El trabajo femenino y su posible efecto degenerador, el gran tema de la familia obrera fue tratado en diversas latitudes tanto desde el higienismo y las políticas de la reforma social de manera particularmente intensa. Estos asuntos eran la materia misma sobre la que se construye parte de la novela del XIX. Da la impresión de que aquí falla algo sustantivo, por no hablar de una historiografía de género que no se acaba de tomar en serio.

Es un problema mayor también bien perceptible cuando se habla de «clase obrera», «clases populares» y «pobres». Se habla, con cierto sentido de la anticipación por lo que

está por venir, de los temores que entre la élite liberal genera una clase obrera «potencialmente hostil». Pero no sabemos muy bien cuál es el cuadro general de esas clases populares porteñas. Aquí, aunque se habla muy ocasionalmente de los artesanos del centro o las empleadas del hogar, estamos básicamente a ciegas. Al final, se habla mucho de fragmentación de las élites, pero se trata como un conjunto relativamente sólido a los artesanos asentados desde antiguo, a los trabajadores de oficio, entre los que destacan en casi todas partes los siempre respetables tipógrafos, a los trabajadores fabriles no cualificados, a los inmigrantes oscilando entre trabajos precarios y el desempleo, o el submundo de los márgenes, que posteriormente se llamó de la «mala vida», sobre el que ha trabajado con solvencia Ricardo Campos. Se apunta al tema de los italianos, pero no se dice que el hecho de que en muchos casos hablamos de una auténtica Babel que no facilitaba precisamente el sentimiento de pertenencia a una sola comunidad imaginada de trabajadores. Se apunta, en fin, a esa anunciada transformación en una clase trabajadora amenazadora, pero nada se dice de sus hipotéticas transformaciones a lo largo del periodo estudiado.

Pero, sobre todo, raramente se les concede voz a esos hipotéticos protagonistas alternativos. Hay una excepción, en las páginas 207-208, se habla de un artículo titulado «El monopolio del aire», en la publicación socialista semanal, *La Vanguardia* de 1894. Un artículo que versaba sobre la pretensión de exclusividad de disfrute del Parque de Palermo por parte de la clase alta. Independientemente del viejo problema teórico-metodológico de que no siempre es aconsejable confundir lo que piensan los trabajadores y lo que declaran por escrito las vanguardias militantes, resulta raro que los órganos del incipiente movimiento obrero o las organizaciones de izquierda más sensibles a las necesidades de los trabajadores no tuvieran nada que decir sobre otros asuntos particularmente sensibles que forman parte del propio argumento general del libro ¿Solo las élites liberales tenían algo que decir sobre las «disposiciones higiénicas» contra las epidemias? ¿Hubo algún tipo de oposición de los trabajadores de los saladeros cuando estos fueron expulsados de Buenos Aires? ¿Ninguno de ellos dijo nada en contra, o a favor, de los planes de eliminar los conventillos del centro de la ciudad? Si no tenemos en cuenta esos hipotéticos imaginarios concurrentes, difícilmente entenderemos cabalmente a qué estaba respondiendo exactamente la élite liberal.

Aquí, como en el caso de las mujeres, una inmersión prudente en la historia comparada sería muy recomendable. El caso del artículo de *La Vanguardia* permite entender lo que queremos decir. La tesis de la publicación socialista de que todos han de disfrutar del Parque de Palermo, remite, según Carbone, a la reclamación no solo de los derechos liberales abstractos, fundamentales desde la propia fundación de Argentina, sino también a los derechos materiales y sociales. Pero esta reivindicación de pasar de estos derechos abstractos a los derechos materiales y sociales no es, ni mucho menos, una peculiaridad porteña. Las comunidades imaginadas iban bastante más allá del espacio urbano discreto de las élites porteñas.

Todo ello confluye, en fin, con algunas dudas que provoca el enfoque teórico-metodológico de Carbone. Muy saludable es afirmar, como él hace, los riesgos de la historia global, su potencial imprecisión analítica y, sobre todo, que la celebración de los flujos y conexiones pueden llevar a poner en riesgo su poder crítico contra el capitalismo global. La distinción entre lo local y lo global en lugares como París, como dice James Poskett en su ya célebre libro sobre la frenología, es problemática, entre otras cosas porque es la propia dinámica imperial la que «constituye» a París. Algo parecido se podría decir de una Buenos Aires cuyo crecimiento está ligado al comercio exterior, pero también a los intentos de establecer imperios informales en el otro lado del mundo por parte de los británicos. Todo ello tiene una materialización bien que real. A lo largo del libro van apareciendo apellidos que desde luego no entroncan con el pasado colonial hispánico. Y ello tiene que ver con la propia constitución de las élites de las que se habla en el libro. No basta solo con hablar de ellas como un grupo de liberales opuestos a Rosas con «referencias políticas, morales y estéticas comunes» (p.16), hay que darles más sustancia real a estas élites. ¿Dónde nacieron? ¿Dónde estudiaron? ¿Con quién mantenían correspondencia o tenían actividad profesional o comercial? Es posible que los fragmentarios imaginarios urbanos «locales» estuvieran tintados de lentes nada «locales».

Da la sensación, por otro lado, de que el autor renuncia a zambullirse en las propias consecuencias que se podrían derivar de su libro. Una constatación recorre el texto: las élites quieren una ciudad «moderna», pero no hay un acuerdo general sobre en qué consiste esa modernidad. El libro es una objeción arrolladora, aunque tácita, al uso indiscriminado de la palabra modernidad como útil historiográfico. La otra rémora que gravita sobre este libro, y otros tantos muchos, es que no acaban de verse las ventajas de la sustitución de la palabra «burguesía» por «élite». En el texto pululan «clases altas» y «élites» como sinónimos, apareciendo ocasionalmente la palabra «burguesía». Uno puede compartir la idea de que la retórica legitimadora de la democracia representativa tiene muchas limitaciones a la hora de definir quién tuvo o tiene en realidad el poder. Y ese es, quizás, el elemento determinante que podría justificar el uso indiscriminado de la palabra «élite» en la historiografía y, en general, en la sociología y en los estudios culturales. Pero igual no es la mejor de las ideas, por mucho que creamos en el poder mágico de la reapropiación, acabar por utilizar un término esencial en las viejas teorías sociológicas reaccionarias de Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels de principios del xx. Curiosamente, el libro de Carbone socava algunas de sus asunciones más que tácitas. En su libro no encontramos minorías bien organizadas (Mosca), se trata de un grupo bien fragmentado. Ni tampoco hallamos una «ley de hierro de la oligarquía» (Michels), sino un grupo social con perfiles no siempre bien definidos y con capacidades que distan mucho de la omnipotencia.

Estas dudas y alguna crítica que ha suscitado la lectura de este texto son un síntoma muy positivo. Se trata de un libro valiente que asume riesgos, y lo hace con sólidos fundamentos. Es, como hemos visto, particularmente rico en aproximaciones y cuestiones trata-

das. Pero eso mismo hace que siempre queden flancos abiertos. Los autores, como las élites porteñas, no son omnipotentes. Escribir lugares comunes, ampararse bajo el paraguas protector de corrientes historiográficas bien asentadas, por el contrario, no aporta nada, pero aminora el riesgo de preguntas incómodas o de posibles objeciones. El espléndido libro de Carbone es todo lo opuesto. Proporciona muchos elementos sobre los que reflexionar y discutir. Y esta debiera ser una de las funciones fundamentales del historiador.

Álvaro Girón Sierra
IMF-CSIC, Barcelona
ORCID: 0000-0001-8222-5577